

MIÉRCOLES DE CENIZA

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat

25 de febrero de 2009

Sal 50, 19

Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias. Este versículo, hermanos y hermanas, es como una recapitulación de todo el salmo 50; el salmo penitencial por excelencia, del cual hemos cantado unos versículos después de la primera lectura y que reanudaremos durante la imposición de la ceniza. Cuando nos ponemos delante de Dios y dejamos que la luz de la Palabra divina ilumine las interioridades más profundas de nuestro corazón y los sentimientos más escondidos que brotan de él, cuando dejamos que la Palabra de Dios juzgue nuestras acciones u omisiones, no podemos hacer otra cosa que reconocer la precariedad de nuestra vida e invocar la misericordia divina. Cuando somos conscientes de que el amor sin límites de Dios llega hasta darnos al Hijo para que no nos perdamos y tengamos vida eterna (cf. Jn 3, 16), sólo podemos pedir que este amor se incline hasta nuestra infidelidad para poner el bálsamo de su perdón. Y la Escritura nos enseña que Dios lo concede siempre ante un corazón arrepentido, como vemos en las palabras de san Pablo a los cristianos de Corinto que hemos leído (cf. 2Cor 5, 20-6, 2).

Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias. Este versículo nos muestra con qué actitud espiritual tenemos que vivir la cuaresma que iniciamos hoy. Nuestra ofrenda a Dios al empezarla ahora, y también cada día de la cuarentena, tiene que ser un *corazón arrepentido*. Es decir, un corazón consciente de nuestras faltas por acción o por omisión, a nivel personal, comunitario, eclesial y social; un corazón consciente del amor que Dios nos tiene y de la escasez de nuestro amor hacia él; un corazón consciente de nuestra falta de correspondencia a sus dones. El *corazón arrepentido* brotará del contraste entre lo que Dios hace y lo que nosotros hacemos. Por otra parte, dolernos de las carencias que hay en nuestra vida como cristianos, como monjes, como escolanes de Montserrat, comporta hacer el propósito de enmendarnos. Efectivamente, sólo podemos tener un arrepentimiento sincero si va acompañado del deseo de corregirnos de nuestras faltas, de nuestro pecado. Esta enmienda, sin embargo, únicamente podemos llevarla a cabo si recurrimos a la plegaria pidiendo que Dios nos dé la gracia y que aquello que no puede obtener nuestra naturaleza débil nos lo conceda él en su generosidad (cf. Regla de san Benito, Prólogo, 41). Y al lado de la oración insistente, tenemos que poner, también, todos los medios necesarios para trabajarnos espiritualmente. De esta manera, podemos hacernos más dóciles a la Palabra divina y corresponder mejor a lo que Dios en su amor espera de nosotros.

Esta plegaria y este trabajo espiritual hace falta hacerlos, como dice el salmo, desde la confianza. Porque Dios no desprecia el corazón arrepentido. Y no solamente no lo desprecia sino que se le acerca para ofrecerle el perdón, para curarlo de aquello que lo lleva al pecado, para renovarlo haciendo renacer un *espíritu firme* en el creyente que reconoce su *culpa* (v. 5) y devolviéndole *la alegría de la salvación* (v. 14).

Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias. La cuaresma nos pide hacer fundamentalmente un recorrido espiritual, un trabajo interior para llegar a tener un espíritu que *se arrepiente*, para vivir la compunción en el fondo del corazón, e ir corrigiéndose así de todo aquello que no pega con el amor entrañable que Dios nos tiene. Para ayudarnos a la conversión y a la renovación de nuestra vida en este tiempo de cuaresma, la pedagogía de la Iglesia nos propone unas prácticas concretas. Las

tres mayores las hemos encontrado en el evangelio que acaba de ser proclamado por el diácono; Jesús hablaba de la oración, del ayuno y de la limosna.

La plegaria vivida en el fondo del corazón, en el diálogo sincero y leal con Dios; vivida en la humildad de un corazón que ama y que es consciente de su debilidad, de su pecado y, por lo tanto, que se arrepiente. Como manifestación externa del arrepentimiento y de la voluntad de cambio, está el ayuno. Precisamente, en su mensaje para la cuaresma de este año, el papa Benedicto XVI propone que nos fijemos en el ayuno, esta práctica que ya estaba muy presente en las primeras comunidades cristianas. El ayuno nos permite una participación corporal en el arrepentimiento y en el trabajo espiritual, favoreciendo también una vivencia más interiorizada de la plegaria a causa de la unidad profunda entre el cuerpo y el espíritu.

Nuestra sociedad contemporánea ha descubierto que el ayuno hace bien al cuerpo. Pero es, también, una terapia espiritual. Es una terapia que ayuda a vencer el egoísmo y contribuye a curarnos de todo aquello que nos impide conformarnos con la voluntad divina; una terapia que permite dominar los apetitos y abrir el corazón al amor a Dios y al prójimo. En este sentido, el ayuno unido a la plegaria nos ayuda a acoger con docilidad la Palabra divina que sacia el hambre más profunda de nuestro yo. Y, por otra parte, el ayuno y la plegaria nos solidarizan con los que pasan necesidad y nos abren a ayudarlos (cf. Benedicto XVI, *Mensaje para la cuaresma 2009*). Y con eso reencontramos el tercer elemento del cual nos hablaba el evangelio: la limosna. Que no solamente es solidaridad afectiva con los otros, particularmente con los necesitados, sino que comporta una ayuda efectiva según las posibilidades de cada uno. En la cuaresma de este año, marcada por el contexto de crisis económica y las consecuencias tan graves que tiene para muchas familias, tenemos que sentir la urgencia de la solidaridad y de la ayuda. Inseparablemente unida a nuestro proceso de arrepentimiento y de conversión espiritual.

Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias. La Palabra de Dios nos ha hecho un llamamiento a arrepentirnos porque Dios ama a cada persona, a pesar de su pecado y su dificultad en ser fiel. Ahora, como respuesta agradecida y comprometida ante el amor divino manifestado de una manera eminente en Jesucristo, nos acercaremos, inclinando la cabeza, a recibir humildemente la ceniza. No es un rito mágico, ni tendría que ser tampoco un rito vacío de contenido personal. Es expresión de nuestro espíritu que se arrepiente y de la confianza que tenemos en la gracia de Dios que perdona, renueva y santifica.